



El Faedo

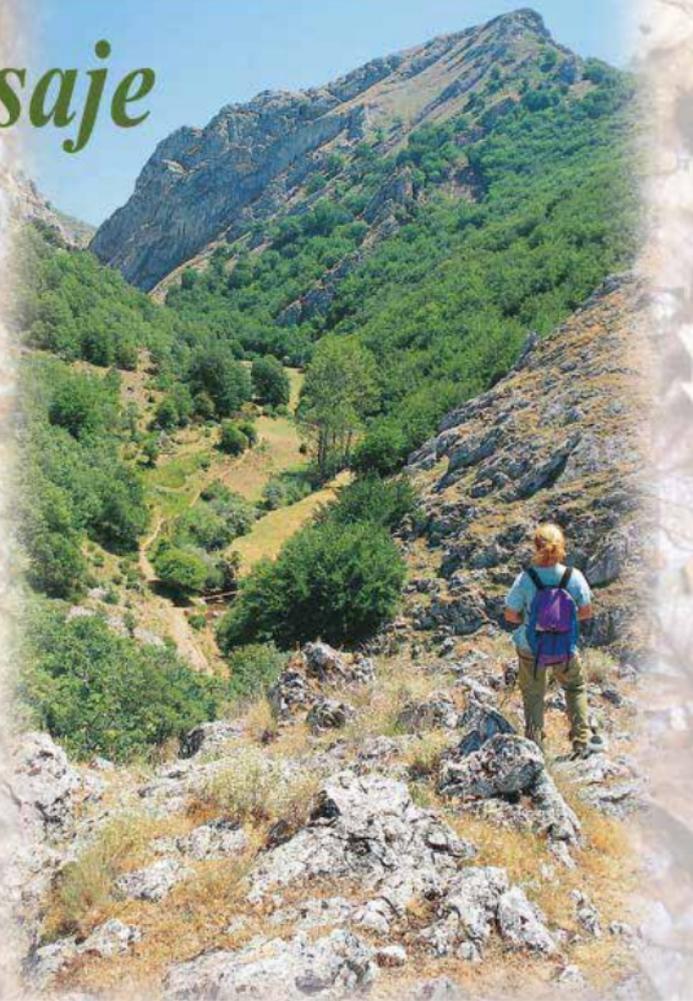
*Itinerario guiado por Ciñera de Gordón
y Villar del Puerto*

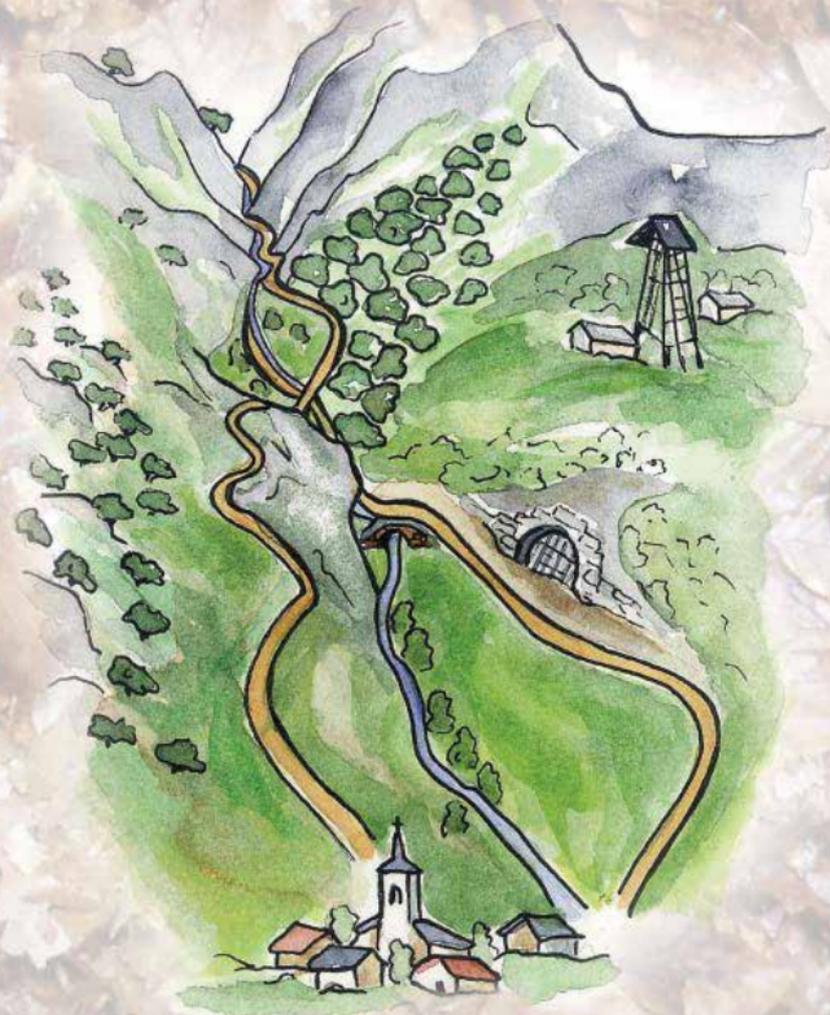
Diversidad y Paisaje

Casi sin terreno llano, la ruta discurre por un paisaje marcado por los fuertes contrastes que ofrece. La orografía y el sustrato calizo juegan un papel determinante para el asentamiento de distintas comunidades vegetales, que van sucediéndose en las laderas tanto en función de la altitud, como de la orientación: al norte, los incipientes hayedos que poblarán la Cordillera Cantábrica; al sur, encinares que indican su tendencia mediterránea.

Sobre todo en otoño, cuando las hojas del haya “tornean”, cubriendo el bosque de mil colores y los robledales comienzan a cambiar sus tonos por ocre, sólo las encinas se mantienen verdes, impasibles, sobre el gris ceniciento de la caliza.

En el fondo del barranco, el arroyo del Villar serpentea, ajeno a los cambios de su entorno.









El Encinar

En un mundo eminentemente atlántico, sorprende la aparición de comunidades mediterráneas como los encinares. En estas latitudes, se asientan siempre en orientaciones meridionales, sobre suelos calcáreos, aprovechando las condiciones térmicas de la caliza .

Las encinas ocupan la parte más alta de laderas pendientes, con el suelo poco desarrollado. Forman un bosque claro, en el que sólo algunas matas son compactas. Su aspecto redondeado, de un verde apagado, las hace inconfundibles, contrastando en el paisaje con el gris ceniciento de la caliza.

En estos bosques que se encuentran fuera de su área de distribución, la encina suele crecer acompañada en el sotobosque por algunas plantas aromáticas características.

Aprovechando estas condiciones de termicidad, la fauna muestra también una cierta influencia mediterránea. Lagartos y lagartijas se calientan al sol para mantenerse activos; el lirón careto aprovecha los troncos retorcidos para resguardarse; pero sobre todo son abundantes los insectos, saltamontes con vistosas alas azules, chinches de campo de curiosos diseños o chicharras, que no dejan de frotar sus patas en los calurosos días del verano produciendo un singular sonido.

La madera de encina, dura, resistente y muy calorífica fue empleada en la arquitectura tradicional, pero sobre todo como combustible. Las bellotas sirvieron como complemento a la alimentación del ganado y, en épocas de escasez, también para las personas.



Quejigo, de hojas lobuladas, duras y algo pinchosas

Quejigos y Rebollos

*Cerca del arroyo, en la ladera sur, se asientan otras dos comunidades de interés, un bosque de quejigos (*Quercus faginea*) y otro bosque de roble, de rebollo o melojo (*Quercus pyrenaica*). Es común que quejigares y robledales conformen manchas mixtas, en las que ambas especies se distribuyen en función de la termicidad o de la humedad del suelo. Se trata de bosques bastante densos y cerrados, con un sotobosque espeso por el que resulta difícil caminar.*

Tanto el quejigo como el rebollo son robles, aunque de especies distintas; algo más querencioso quizá el quejigo por ambientes mediterráneos y bastante menos exigente en sus requerimientos ecológicos el rebollo, que es la especie de roble más abundante en la zona. Ambas especies son marcescentes, es decir, conservan sus hojas secas en el árbol durante todo el invierno, no desprendiéndose de ellas hasta que rebrotan en la primavera siguiente.

Estos bosques ofrecen unas inmejorables condiciones, tanto de cobertura, como de alimento para la fauna.

Tradicionalmente han sido fuente de innumerables recursos para las poblaciones locales. De ellos se extraían leñas, madera, bellotas, ramón, caza, setas, pastos y otros tantos productos que permitían complementar tanto la dieta, como las economías familiares. Muchos han sufrido procesos regresivos, llegando incluso a desaparecer. En la actualidad, soportan con dificultad el implacable efecto del fuego.

Rebollo,
con hojas profundamente
lobuladas y algo tomentosas.



“Para el dolor de tripas, manzanilla; para sacar las espinas, linaza; para la tos, sanguinaria; para las verrugas, celedonia; con agayas de roble, una pomada antiséptica....”. Ya sólo la abuela recuerda todo lo que podían sanar las plantas.

Siempre fue tradición en la comarca, la recolección de plantas silvestres para distintos usos, actividad que se incrementó cuando algunos montañeses, que complementaban su precaria economía familiar con la arriería, acudían a ferias y mercados en toda Castilla a vender o intercambiar las plantas que habían recogido y procesado.

Especialmente abundantes en ambientes mediterráneos, tomillo, romero, salvia, orégano... y otras muchas aromáticas, siguen recolectándose tanto con fines culinarios como medicinales. Antes, se empleaban para hombres y animales, existiendo multitud de remedios caseros que, cuanto menos, aliviaban los síntomas de enfermedades que rara vez trataba un médico.

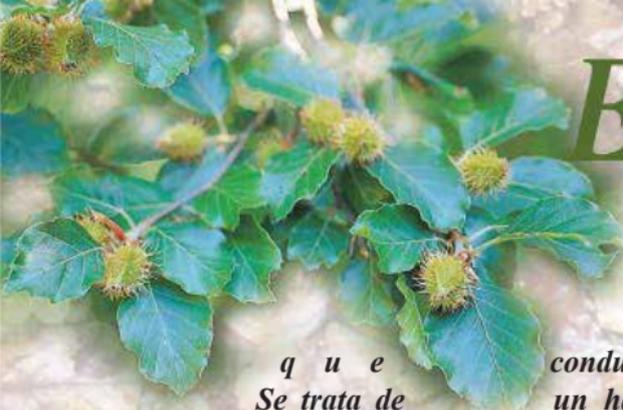
Pero no sólo sanaban. Permitían también conservar, adobar, curtir, teñir, dar olor y multitud de usos más, en función de la habilidad del artesano que las manipulara. Y no todo el mundo sabía hacerlo. Siempre había en el pueblo alguien, especialmente dotado, a quien todos consultaban.

El abandono de la agricultura, de la ganadería y de las formas de vida tradicionales, ha relegado estos usos casi al olvido, persistiendo sólo en la memoria de algunos viejos.





El Faedo



Penumbra y humedad, fuertes sensaciones que se acrecientan con el olor a suelo mojado, a hojarasca, un olor inconfundible... Un enorme contraste con los ambientes que la ruta va recorriendo. Sensaciones

q u e

*Se trata de
rrollado en el*

conducen al mundo encantado del Faedo.

*un hayedo petrano, asentado sobre un suelo poco desa-
que la caliza aflora por doquier. Tan sólo donde se acumula*

la suficiente materia orgánica para permitir que germinen los hayucos o en grieta fisuras donde los herbívoros no alcanzan los brotes tiernos, crecen hayas literalmente incrustadas en la roca. Sus troncos retorcidos, sus raíces artificiosas, buscan dar estabilidad a árboles maduros, crecidos, de gran porte, que parece que pueden desplomarse en cualquier momento. Nada tienen que ver estas hayas, con las de fuste recto y limpio, que crecen buscando la preciada luz del sol.

Las hayas generan en el sotobosque condiciones extremas. La vida bajo el dosel arbóreo está limitada por la carencia de luz. Sólo algunas especies como los jacintos silvestres florecen en primavera, antes de que las hojas de las hayas estén completamente desarrolladas.

El bosque potencia una importante comunidad faunística. En los huecos de los troncos viejos, duermen los lirones. El trepador azul, el agateador, carboneros y herrerillos se reparten troncos y ramas, mientras que corzos o jabalís aprovechan los nutritivos hayucos todo el invierno.



Las Hoces del Villar

Las calizas se originaron por sedimentación de materiales en un mar que, hace millones de años, cubría esta zona de la Cordillera Cantábrica. Se trata de calizas de tono gris y grano fino, sobre las que actúan dos agentes combinados: la acción mecánica del arroyo del Villar, de régimen pluvio-nival y la disolución química de la roca, alterada por aguas ligeramente ácidas, que de forma lenta pero inexorable, han ido perfilando el desfiladero.

La hoz se abre de forma transversal al bloque de calizas que atraviesa, provocando una incisión profunda y estrecha, con paredes muy verticales. La parte inferior, por donde discurre el arroyo en la actualidad, se mantiene casi siempre en sombra, generando un ambiente característico y propio de estos barrancos casi inaccesibles.

A pesar de sus pequeñas dimensiones, las Hoces del Villar generan un paisaje de gran belleza, potenciado por la presencia de plantas rupícolas altamente especializadas.



La Erosión del Agua

A la acción del karst, se superpone la acción mecánica del arroyo que a pesar de llevar miles de años puliendo las paredes de la garganta, sigue erosionándola en la actualidad, por lo que se considera que la formación del desfiladero es bastante reciente, hablando en tiempo geológico.

Durante las crecidas, las aguas del arroyo acumulan una gran cantidad de energía, transportando consigo piedras y cantos de distinto tamaño desde su cabecera. Estos materiales golpean con fuerza las paredes y el lecho, desgastándolo y erosionándolo, de forma que la acción erosiva tiende sobre todo a profundizar el barranco.

A veces se forman remolinos que mantienen los materiales arrastrados en pequeñas oquedades, girando con fuerza desproporcionada, dando origen a pozos conocidos como "marmitas de gigante".

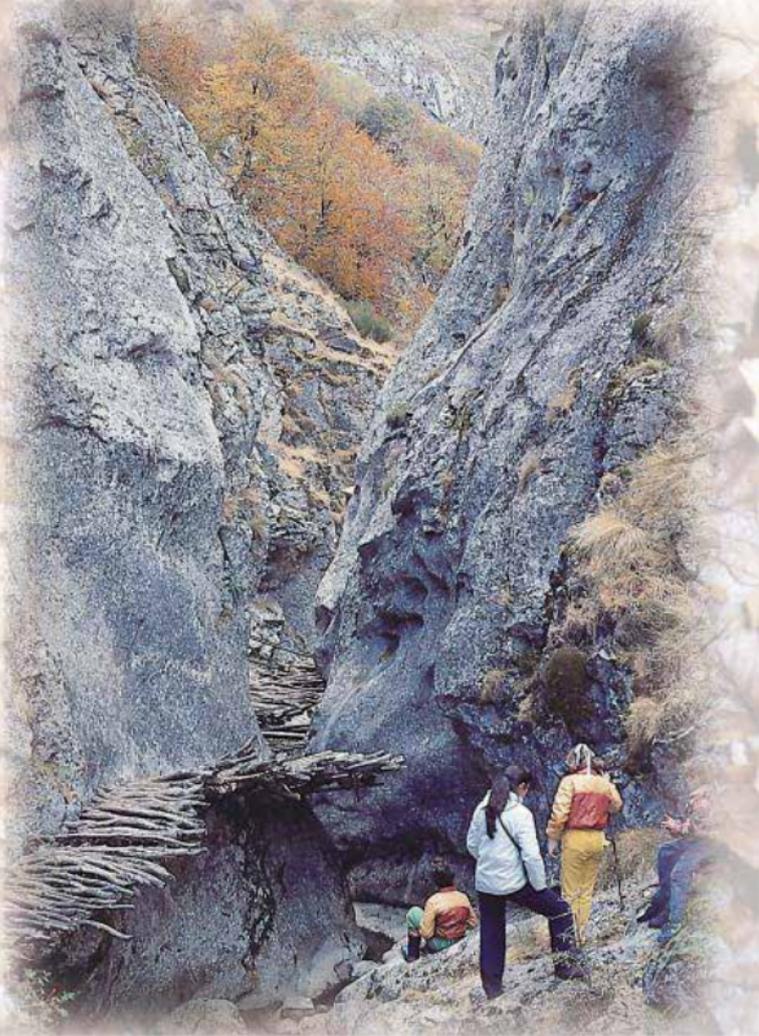


El Puente Palos

Con el inicio de la minería del carbón a finales del siglo XIX, la cuenca de Ciñera-Matallana fue poco a poco ganando protagonismo, por lo que muchos mineros de Villar del Puerto, bajaban a Ciñera a trabajar.

Con pocas alternativas más que atravesar las Hoces para ir hasta Ciñera, idearon un ingenioso sistema que les permitía, mediante una empalizada de troncos literalmente colgada sobre el cauce del arroyo, cruzar el desfiladero.

En la actualidad, la Junta Vecinal se ha planteado su restauración, como sencillo homenaje a los hombres que por "el puente palos" transitaron tantos y tantos días.



Un Pueblo Marcado Por la Minería

Desde antiguo se han buscado en las entrañas de estas montañas los minerales que contenían.

Ya los romanos poblaron varios castros mineros, mientras buscaban hierro, cobre y otros metales. Pero sin duda lo que ha marcado a esta comarca, ha sido la temprana explotación de la reserva de carbón que alberga en el subsuelo, explotación que no se ha paralizado desde las primeras concesiones a finales del siglo XIX o principios del XX.

Aquí la minería tiene su propia historia, la historia del devenir de pueblos y gentes en el último siglo; la historia de un futuro que ahora se vuelve más dificultoso; la historia de un paisaje profundamente transformado por la minería.

Con la explotación del carbón llegó el tren en 1894 y en 1970 se instaló en la Robla la central térmica lo que, junto a otras industrias, ha minimizado el despoblamiento de estos valles.

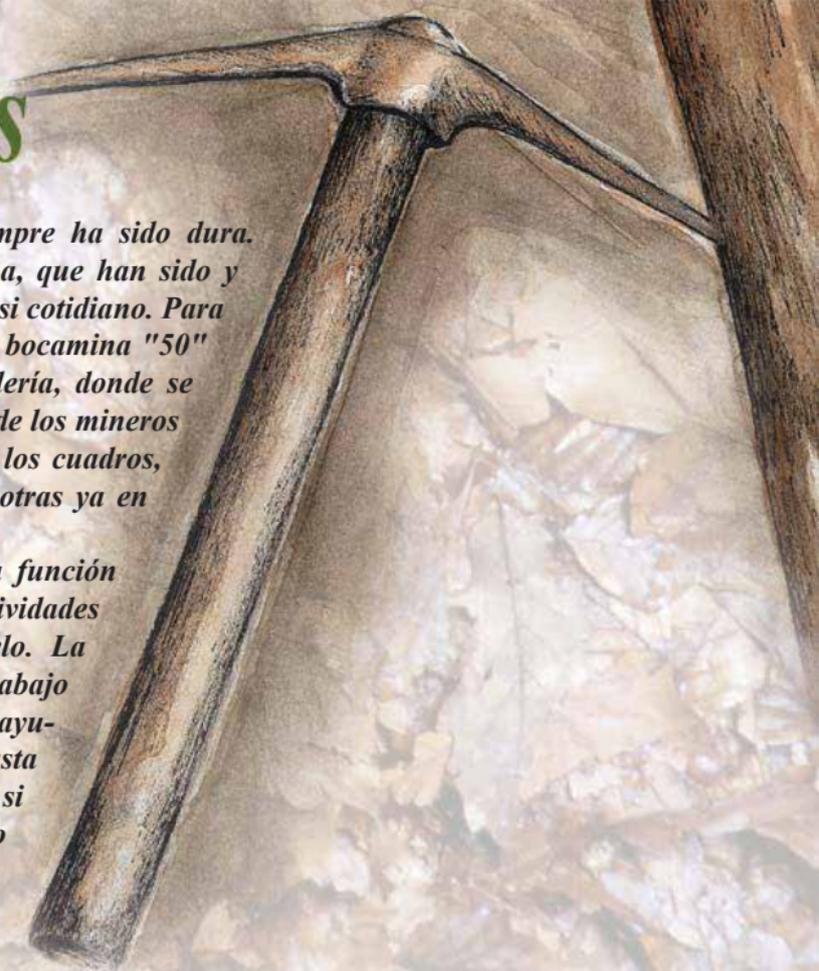
Parte del recorrido de la ruta, transita por el antiguo camino que los mineros de Villar del Puerto, utilizaban para bajar a las minas de Ciñera o de Santa Lucía, camino agradable para dar un paseo, pero duro cuando las inclemencias del tiempo jugaban malas pasadas.



Las Galerías

La vida en la mina siempre ha sido dura. Para muchos habitantes de la zona, que han sido y son mineros, una galería es algo casi cotidiano. Para quien no conoce este mundo, en la bocamina "50" se ha recuperado una antigua galería, donde se recrean las condiciones de trabajo de los mineros y las herramientas que utilizaban, los cuadros, el pancer, la rachona, barrenas y otras ya en desuso.

Cada trabajador tenía su función en un perfecto engranaje de actividades que se desarrollaban bajo el suelo. La actividad de todos permitía que el trabajo avanzara: picadores, barrenistas, ayudantes..., todos eran necesarios, hasta el canario que servía para avisar si los niveles de grisú eran demasiado altos.





*Tranquilidad, sensaciones,
contrastes.
El mundo mágico del Faedo.*



unesco

Red Española de
Reservas de la Biosfera

www.rerb.copril.es



Alto Bernesga

www.altobernesgabiosfera.es



Financiado por
la Unión Europea
NextGenerationEU



GOBIERNO
DE CASTILLA
Y LEÓN



Plan de Recuperación,
Transformación
y Resiliencia

GOB.
A.R.
Junta de
Castilla y León